

EL MERIDIANO

Javier Usoz

En Zaragoza,
con Camba

A PRINCIPIOS del siglo XX, Julio Camba escribió que la auténtica belleza de Estambul solo se apreciaba bien al contemplar la ciudad a distancia desde el mar. A la inversa, creo que el periodista gallego consideraría que nuestra milenaria Zaragoza actual despliega en las distancias cortas una hermosura que no tienen ni anuncian sus vistas panorámicas, al margen del gozo particular que estas producen en cada cual. Digo esto último porque no he olvidado lo que le escuché hace tres décadas a un señor, ante la silueta urbana a la que nos acercábamos por carretera. «¡Pero qué hermosa se está poniendo Zaragoza!», exclamó. Lo que más me sorprendió un instante después fue corroborar que tal afirmación no era fruto del sentimentalismo, sino de una pura emoción estética. Al darse cuenta de mi extrañeza, aquella persona, que, para colmo, era culta y viajada, me aclaró que, a su juicio, el desarrollo urbano de los años ochenta le estaba sentando muy bien a la ciudad.

En cualquier caso, volviendo al presente y a un intento de consideración general, es difícil negar que, como les sucede a muchas otras poblaciones que no gozan de entornos ni de panoramas privilegiados, la incalculable riqueza histórica, arquitectónica, artística y monumental de Zaragoza solo se percibe adentrándose en sus vísceras, las cuales tienen un poso estético capaz de soportar los despropósitos urbanísticos más bochornosos. Y escribo esto frente al inacabado edificio anejo a la Iglesia de la Exaltación de la Santa Cruz, pues me hallo sentado en la terraza de uno de los bares de la plaza casi homónima. Como mi mirada no resiste tal ultraje al barroco clasicista, se retira hacia la derecha, hasta topar con la renacentista casa de los Torreros, sede del Colegio Oficial de Arquitectos, testigo mudo de la ignominia.

Así que me consuelo suponiendo lo que se le ocurriría a Camba al respecto. Algo compasivo sobre la codicia y la ignorancia, quizás. Aunque, quién sabe, a lo mejor su interés solo se hubiera alejado un par de mesas más allá, para fijarse en una joven pareja local. Ella sonríe a la primavera y él la mira embobado. Parece que estuvieran allí, igual que podrían estar en Constantino.

juso@unizar.es

MIRADAS AL EBRO DESPUÉS DE LA RIADA

El Ebro, ciencia e ideología

EL REMANSO

Por Alfonso Tarancón Lafita, catedrático de Física Teórica de la Universidad de Zaragoza



TRAS los estragos de la riada se abre un periodo de evaluación de daños y también de debate sobre las causas y la forma de evitar estos hechos en el futuro. En este punto, es imposible separar la ideología de cada persona de las soluciones que propone; y no me refiero solo a la política, sino a algo más amplio, a sus simpatías y antipatías, a su lugar de residencia, a su trabajo, etc. En esta avalancha de opiniones se trata de utilizar la etiqueta de 'científicas' para ideas con base ideológica, para tratar de dar argumentos inapelables. La ciencia trata del estudio de la realidad, de extraer las leyes de la naturaleza, predecir, elaborar teorías. En la base de los grandes avances, está destruir ideas preconcebidas, en base a los hechos, y elaborar unas nuevas más acordes con la realidad. No se debería invocar la ciencia para justificar las propuestas ideológicas. El agua proviene de la naturaleza, que es indómita, veleidosa, austera, peligrosa, y que solo da sus bienes gracias al esfuerzo y al desarrollo tecnológico. Ver la naturaleza como algo idílico, casi intocable, es olvidar que el avance del hombre ha sido una lucha dura e incesante contra la misma. En Aragón lo sabemos bien. Sin agua nuestra región sería un erial, un despoblado. Lograr extraer toda la riqueza posible del agua, conviviendo con la naturaleza, es un desafío en el que nos va el futuro.

Muchos debates se han abierto las últimas semanas, tres de ellos especialmente relevantes, al haberse desarrollado la discusión en base a presuntas verdades científicas que, al menos desde el punto de vista del que suscribe, no lo son. Se dice, en primer lugar, que «los pantanos no evitan las avenidas». Sin embargo, los grandes aportes a esta riada han procedido de los cauces peor regulados. El que un pantano retiene agua es evidente, pero tal vez convenga cuantificarlo. Toda el agua que baja por el Ebro durante 16 minutos, con un caudal de 1.000 m³/s, supone un hectómetro cúbico. Supongamos que Yesa esté al 50% de su capacidad, es decir, que tenga unos 220 hm³ libres. Situémonos en esta última riada, donde el estrago se ha producido al situarse el

caudal por encima de los 2.000 m³/s, hasta llegar a los 2.600. Si esos 600 m³/s hubieran sido embalsados en Yesa en digamos 220 hm³, ¡hubiéramos mantenido la riada en 2.000 m³/s durante cuatro días! Esto es un cálculo 'ideal', pues no toda el agua pasa por Yesa ni Yesa estaba tan vacío: pero si hubiera suficientes pantanos, entonces toda el agua pasaría por alguno y todos tienen algo de capacidad sobrante. Basta mirar aguas abajo de Mequinzenza: el efecto de la riada ha sido anecdótico. La afirmación de que los embalses no controlan en parte las riadas es pues rigurosamente falsa; es un hecho incontestable que los pantanos laminan riadas.

En segundo lugar, también se asegura que «es necesario dar al río más cauce inundable». Efectivamente, esto evitaría que las inundaciones produjeran daños durante las riadas. Pero a cambio los daños serían permanentes: la sangría de

la economía agrícola de la ribera. Los datos de las inundaciones varían entre 20.000 y 28.000 hectáreas, gran parte de las cuales habría que ceder al río. Buen pellizco a la ribera, una de las zonas agrícolas más ricas y pobladas de Aragón, una de las más productivas y más sostenibles desde el punto de vista del uso del agua, al no necesitar de embalses, elevaciones ni grandes infraestructuras: todo está en marcha y funciona relativamente bien.

No deja de sorprender que los defensores de esta opción, sean a su vez los defensores del no recrecimiento de Yesa o de la oposición a Biscarrués: su argumento fundamental en este caso es que los pantanos desplazan a la población, se les arrebató sus tierras, su vida y se les quita el sustento. Las hectáreas afectadas en la ribera del Ebro por esta medida serían muchísimas más que las del recrecimiento o construcción de pantanos. El abandono de zonas agrícolas implica despoblación y la generación de enormes problemas ambientales. Sin olvidarnos de la especie más perjudicada: el hombre. No es coherente defender según la circunstancia el asentamiento de la población o lo contrario. Esta incoherencia solo podría explicarse si se pusiera por delante la existencia de una naturaleza bucólica, y solo en segundo plano el uso de la naturaleza al servicio del hombre, del bienestar y del avance productivo.

En tercer lugar, se afirma que «el cambio climático provoca este tipo de fenómenos extremos». Es un lugar común, usado sin una visión estadística correcta, el confundir hechos catastróficos con fenómenos extremos. En el valle del Ebro una riada es una catástrofe, pero es un hecho habitual. Riadas las ha habido siempre, algunas mucho mayores que ahora. Un suceso se llama extremo no cuando el dato se separa de la media (que siempre lo hace), sino cuando su separación es mucho mayor de la separación habitual. Consideremos un río de Centroeuropa, o algunos españoles, con cauces regulares. Su máximo y mínimo anuales son muy estables, por ejemplo su máximo en años sucesivos puede ser 2.000, 2.100,

1.900, 2.050 m³/s. En este caso, un fenómeno extremo puede situarse con un caudal del orden de 3.000 m³/s, que sería un fenómeno visto en siglos y, por tanto, podríamos plantearnos si tiene algo que ver con el cambio climático. Un río irregular puede tener caudales máximos sucesivos como 1.000, 3.000, 1.500, 4.000 m³/s; y para que pudiéramos hablar de fenómeno extremo deberíamos irnos en la actualidad a caudales del orden de 5.000 m³/s. Un caudal máximo de 2.610 m³/s no es un fenómeno extremo. (Entre paréntesis, gracias a los grandes pantanos y a la gestión integral de la cuenca ya no se producen riadas de 4.000 m³/s, como se produjeron en el siglo XX).

Por otra parte, el invierno hidrológico ha sido normal: un 26% menos de precipitaciones y una temperatura 0,6 grados por debajo de la media. Todo perfectamente dentro de lo esperado. Ciertamente queda bonito achacar esto al cambio climático, pero no es cierto. Invocar lo alegremente sume a los hombres en la impotencia, lleva a los políticos a no tomar medidas, pues «la culpa es del cambio climático, no nuestra», y hunde a los agricultores en el abandono y la desesperación. Se debería tener cuidado al hacer estas afirmaciones.

Concluyendo, las opiniones del que suscribe tienen, cómo no, contenido ideológico. Pero convendría mantener en sus respectivos hábitáculos ideología y ciencia. Es legítimo defender todo tipo de ideas, pero no con argumentos falaces. Es legítimo no apoyar los embalses, pero es un hecho que regulan el cauce de los ríos. Es legítimo apostar por devolver la ribera al Ebro, pero es un hecho que eso significaría un enorme coste para su población, su economía y subsistencia. Es legítimo invocar el cambio climático, pero es un hecho que nada ha tenido que ver en esta riada.

El agua es un bien tan importante, en el presente y en el futuro, que bien se merece un gran pacto entre todas las partes, sin ideas preconcebidas, pero donde se ponga en primer lugar al hombre, el desarrollo y el bienestar, respetando la naturaleza como bien irremplazable.

Elogio del político comprometido

LA TRIBUNA

Por Rogelio Altisent, presidente del Comité de Bioética de Aragón

LLEVAMOS mucho tiempo criticando a la clase política de manera indiscriminada. Es verdad que la cabalgata de políticos y sindicalistas que han defraudado es larga y variada. Pero alimentar el descrédito social sistemático de quienes trabajan en 'la cosa pública' nos perjudica a todos y conviene poner un punto y aparte, por justicia y por interés.

Todos conocemos personas que están en política y son dignas de elogio por su vocación y compromiso en el servicio público que les lleva a trabajar con competencia y sacrificio personal, encajando además la crítica, a veces inmisericorde desde múltiples frentes. Pero

quizá lo más duro para quienes ostentan responsabilidades públicas sea el canibalismo de sus propias organizaciones. Probablemente uno de los problemas más graves de nuestro sistema democrático sea la vida interna de los partidos políticos que ha abierto la brecha

entre la ciudadanía y sus representantes, siendo ésta una causa importante de la desafección social hacia la política.

Actualmente es difícil que un profesional bien posicionado acepte dedicar unos años a la política, entre otras razones porque el funcionamiento de los partidos produce alergia, lo cual es un grave problema que se debería analizar con atención, pues es un síntoma de decadencia democrática. El modo de confeccionar las listas electorales es determinante. Los partidos tienen pánico a las listas abiertas pero no tendrán más remedio que reformarse en esa dirección. Mientras tanto, al menos deberían

ofrecer el historial profesional de los candidatos de manera clara y transparente, de tal modo que permita analizar lo que han hecho en la vida, justificando así su potencial aportación a la comunidad social en economía, sanidad, agricultura, etc. Esto no será una garantía absoluta, pero al menos son hechos, porque la sola palabrería ya produce aburrimiento.

En cualquier caso, nos conviene prestigiar la figura de los servidores públicos y de quienes aceptan dedicar un periodo de su vida a la política con mayúsculas. En otras palabras: prestemos más atención a las personas y menos a las siglas.